

HUMOR, CRÍTICA Y CRISIS

MICHAEL MARDER

En esta meditación, me gustaría tratar de algo más que una simple serie contingente de respuestas humorísticas a la crisis económica mundial, que todavía está lejos de haber terminado. Mi hipótesis, que no puedo más que insinuar aquí, es que el humor surge siempre como respuesta a una crisis, como reacción ante un desgarrón —una auténtica fisura ontológica— entre el sujeto y su realidad social, política o económica, (o también en el interior del sujeto o en el interior de la propia realidad). Un abismo enorme de negatividad y descontento late tras la apariencia de jovialidad. El humor no se limita a remendar las fisuras múltiples de la crisis, sino que, por el contrario, las acentúa aún más, las hace ser o las muestra como lo que final y plenamente son. No es, como creen algunos, un modo de sobrellevar o de dar salida a las frustraciones que no se puede expresar de otra manera... o al menos no es sólo eso. Lo mejor del humor radica en la auto-conciencia de la crisis, si aún podemos recurrir a este viejo concepto hegeliano, y sería como un signo de aceptación, si bien se trata de una aceptación paradójica, ya que no hay en ella aquiescencia de la finitud que la crisis representa para el sujeto, para las

relaciones inter-subjetivas y para las realidades político-económicas.

Sin cambiar nada en la realidad “objetiva”, el humor permite que dicha realidad se ría de sí misma desde esa distancia mínima que se requiere para hacer un chiste y, al hacerlo, ponerse fuera de sí mismo, ec-estáticamente, para convertirse en otro. El núcleo de la “crisis”—que así como la palabra “crítica” tiene su origen en el verbo griego *krinein*, lo que connota la separación y la división—lo constituye el distanciamiento hiperbólico respecto a sí mismo que lleva a cabo aquél que la está sufriendo. Y el humor bien podría ser el tercer término que provoca la transición de un sentido de la separación al otro: de la crisis a la crítica. Después de todo, en su libro sobre el chiste Sigmund Freud sostiene que la alegría del humor, desde sus niveles más básicos con los meros juegos de palabras, no es suficiente para que el chiste resulte interesante o atractivo, es decir, para que provoque una inversión o liberación duradera de la energía libidinal. El chiste se debe interpretar, pues, como una forma de negociación entre el placer y la crítica, entre el juego y la broma. Dicho de un modo más dialéctico, el humor oscila entre la alegría de la mera conciencia (y no debemos olvidar el incons-

ciente, donde el juego de la diferencia es más sutil) y la crítica o autocrítica de la conciencia de sí mismo; el humor es, lo reiteramos, un elemento de transición, un tercer elemento intermedio.

Consideremos, en este contexto, el siguiente chiste: “¿En Estados Unidos, los bancos roban a la gente porque es la que tiene dinero!” También hay uno en versión española: “¿Por qué los bancos prohíben que sus empleados mantengan relaciones sexuales con los clientes? Porque les tendrían que cobrar dos veces por hacerles el mismo servicio”. Invertiendo el sentido común, que es otro nombre para la ideología, el chiste se hace eco de la pregunta retórica de Bertolt Brecht “¿Qué diferencia hay entre atracar un banco y fundarlo?” Al revelar que el sistema financiero en su conjunto es un robo institucionalizado o una expoliación de dimensiones inimaginables, el chiste rompe por un momento el velo de la ideología, gracias a su estrategia típica de inversión. El problema, sin embargo, es que la revelación humorística se detiene ahí, acepta la nueva formulación de la causa o raíz de la crisis como un hecho de la vida, como una parcela del destino, presentándola como algo que no se puede cambiar. El suplemento de humor en estas situaciones suele conllevar un fuerte sentimiento

de fatalismo, de lo absurdo de la situación actual y una aceptación tácita de que las cosas no pueden ser de otra manera que como son. No es que la persona que cuenta el chiste y los oyentes disculpen el robo realizado por los bancos. De hecho, hay una buena dosis de desaprobación y una amarga ironía en esa valoración del estado de cosas. Pero aunque no se apruebe la disposición de los bancos a robar a la gente, la risa indica que la audiencia acepta comprensivamente esta realidad político-económica. *C'est la vie!* es el lema secreto del humor.

En la actualidad, el fuerte fatalismo, al que apelan los gobiernos de todo el mundo en su intento de aplicar medidas de austeridad draconianas, está ligado a la crisis financiera, que, de acuerdo con la perspectiva clásica marxista, es el resultado de la financiarización del capital como tal. En la terminología de *Das Kapital*, la crisis actual sería el resultado de la excesiva separación del valor de cambio respecto del valor de uso, que se agrava con las burbujas especulativas, los “derivados” y los fondos de inversión que contribuyen a que la economía se desprenda de la base productiva. En última instancia, la ruptura se da entre lo simbólico y lo real, entre el dinero y los bienes materiales, así como

también en el interior del propio dominio simbólico. La crisis estalla cuando las contradicciones internas del capitalismo explotan, es decir, cuando estas fisuras y separaciones llegan a un límite, más allá del cual la actividad económica ya no es sostenible, cuando el valor de cambio afirma su plena independencia respecto al valor de uso y lo simbólico pierde el contacto con lo real. Se podría decir que la crisis actúa como una especie de crítica ontológica, poniendo a la economía capitalista ante sus propios límites (unos límites que siempre aspira a superar), al igual que la crítica kantiana intentó colocar a la razón humana dentro de unos límites autoimpuestos, con la diferencia de que el significado del capitalismo consiste precisamente en presionar y en desplazar esos límites, atendiendo al deseo insaciable de ganancias a cualquier precio.

Aunque formalmente correcta, la explicación marxista ignora una dimensión fundamental de la crisis: el tiempo. Las fisuras entre el sujeto y su realidad social, política o económica, o en el interior del sujeto o en la propia realidad, no son tanto espaciales como temporales: por ello lo que está en juego en las diferentes crisis es la finitud humana (los límites de nuestra capacidad de manipular el futuro, nuestra muerte inminente, el fin de la especulación financiera, etc.) Y el “humor de y sobre la crisis” dirige nuestra atención hacia este tema descuidado pero decisivo.

Basta con atender a tres chistes para darse cuenta de que la cuestión del tiempo

ensombrece todo lo que tiene que ver con la crisis:

1. ¿Cuál es la definición de optimismo? “Un *broker* planchando cinco camisas un domingo por la noche.”

2. Un hombre le dice al director del banco: “Me gustaría iniciar un pequeño negocio. ¿Cómo puedo hacerlo?” “Es muy fácil” —le contesta el director— compre uno grande y no tiene más que esperar un poco.”

3. Hoy he ido a un cajero automático y me ha pedido que le preste veinte dólares hasta la próxima semana.

En los tres casos, el motivo que sirve para animar el chiste no es tanto el tiempo (finito) en general como el futuro concreto, que se vuelve más amenazante que nunca. La crisis nos pone, al igual que lo hace el pensamiento de la muerte en la filosofía de Martin Heidegger, cara a cara con lo desconocido, con el futuro como “la posibilidad de la imposibilidad”, o como el cierre de un tiempo finito, pues dicha crisis —lo mismo que el pensamiento de la muerte— no puede dejar de provocar una ansiedad extrema. ¿De qué manera se relaciona el humor con un tal futuro y cómo hace frente a ese sentimiento? Lejos de apaciguar la ansiedad que genera lo desconocido, el humor es más bien un dispositivo simbólico que permite que el sujeto finito pueda hacer frente a su propia finitud, al envejecimiento, a los límites de su realidad social, política y económica. La risa surge en la fisura entre nuestro presente y nuestro futuro, así como entre el modo ac-

tual de organización o des-organización colectiva y el modo futuro: en esta brecha temporal irreductible, la risa es una respuesta a la amenaza a la que se enfrentan los que se ríen con el chiste. La risa, entonces, constituye el horizonte compartido de su temporalidad. En la precariedad del empleo (incluso) de un *broker*, en la “evaporación” de los ahorros y en la posibilidad de un colapso del propio sistema financiero la risa permite reconocer en el presente y, más importante aún, en el futuro, el posible surgimiento de un vínculo básico de solidaridad.

En resumen: 1) la brecha temporal entre el presente y el futuro es el lugar de la crisis y 2) el humor enfoca esta división desde una perspectiva simbólica. Pero en concreto, ¿quién se ríe exactamente de quién cuando se hace visible la estructura temporal de la crisis? ¿Es el presente que se ríe de sí mismo? ¿Se ríe de su oscuro futuro? ¿O es el propio futuro, riéndose de nosotros en el presente? Y, en todo caso, ¿quién o qué se ríe en nosotros cuando nos reímos de nosotros mismos?

Por un lado, reírnos de nosotros mismos, en las distintas crisis en que nos podemos encontrar, quiere decir reírnos de nuestra finitud, de nuestra irremediable debilidad, de la sensación de estar abrumados y oprimidos por el futuro. Esto podría sugerir una interpretación simple, según la cual el presente se ríe del futuro, o, al menos, de su propio miedo al futuro, que se cierne en forma de una amenaza indiferenciada. A pesar de que es peligroso imputar el mismo fatalismo y la misma inevitabilidad a los sistemas económico-políticos que a

la muerte, con frecuencia el humor hace precisamente eso. El presupuesto oculto de los chistes inspirados por la crisis es que, ya que no podemos cambiar las reglas del juego capitalista mundial, lo mejor es reírse de su ridiculez y del absurdo que dichas reglas producen en nuestras vidas. El futuro también se pliega, pues, sobre un presente, del que no se diferencia totalmente. El humor nos ofrece la oportunidad de afrontar un futuro aterrador sin afrontarlo realmente, imaginándolo sólo como otro presente: como otro presente que podría ser, precisamente, un poco peor. Lo mismo cabe decir, por supuesto, del humor político que proyecta la perpetuación de un sistema de gobierno opresivo, ya sea totalitario o democrático-formal, en un futuro cualitativamente idéntico al presente. Piénsese entonces en un viejo chiste soviético nacido durante la crisis de principios de los ochenta cuando los dirigentes del Buró Político murieron uno tras otro: “¿Cuál es la diferencia principal entre el modo de sucesión en el régimen zarista y en el socialismo? En el régimen zarista el poder se transfería de padre a hijo y en el socialismo de abuelo a abuelo”. El principio de continuidad dentro de los regímenes y entre ellos es alarmante y el futuro proyectado es muy similar al pasado y al presente, aunque más sombrío, dada la falta de esperanza de la sucesión entre abuelos. Reírse de un futuro trágico —de la profundización de la crisis, de los callejones sin salida de la política, de la muerte, etc.— no lo hace menos trágico; por el contrario, la tragedia se agrava con su aceptación tensa, pero sin aquiescencia, y

se agrava también el innegable descontento que bulle bajo la fina capa de humor.

La reducción humorística del futuro al presente intenta dominar —aunque sólo sea temporalmente, en el breve instante de una explosión de risa compartida— el miedo y el propio futuro que lo provoca. Por otro lado, la debilidad que el humor pone en primer plano no se opone al ideal de fuerza —por ejemplo, a una acción política directa o, de un modo más general, a una confrontación heroica con la finitud—. Por el contrario, el humor expone la fuerza de la debilidad *qua* debilidad, que es suficientemente fuerte como para afrontarse a sí misma sin disimulos, falsas seguridades o expectativas poco realistas. Esta debilidad pertenece al orden del tiempo, del futuro que no se ha asimilado al presente y que no tiene la fuerza de la realidad, pero que sin embargo se dirige a nosotros y quizás hasta se ríe en nosotros cuando nos reímos de nosotros mismos. El sentido crítico genuino sólo puede desarrollarse si tomamos en serio la debilidad del tiempo (incluso cuando se está contando o escuchando un chiste) y dejamos que nos sorprenda, facilitando así la crítica del presente desde la perspectiva de un futuro incierto. Así como Heidegger aludía a la “llamada de la conciencia”, mediante la cual el yo futuro se dirige al yo presente declarándolo culpable, así podemos decir que el humor, de un modo similar, apela al presente desde el futuro, haciendo que se ría de sí mismo. En vez de querer dominar el futuro, nos metemos en el hueco que media entre el presente y lo que está por venir, haciendo que la conciencia

irónica y la auto-conciencia agudicen la crisis. Lo que hace que esto sea posible no es la invención de un nuevo tipo de chiste, sino un cambio en la orientación temporal, una relación totalmente diferente con el tiempo.

El humor contemporáneo es el heredero de la sátira, que, de acuerdo con la *Estética* de Hegel, se nutre de la oposición entre una subjetividad finita y una realidad externa degradada. Y la sátira revela, más que cualquier otra cosa, la “disolución del Ideal”, razón por la cual se encuentra en el mundo romano como en su propia casa, pues en dicho mundo se derrumban finalmente los antiguos ideales griegos. Podríamos decir que la función del humor, y en especial del “humor de y sobre la crisis” consiste precisamente en llevar a cabo una des-idealización, en hacer colapsar las ideologías y las justificaciones ideológicas del libre mercado y de la economía desregulada. La pérdida de fe en el futuro político y económico está íntimamente ligada a la pérdida de la fe en las consignas del neoliberalismo que, mediante la desregulación progresiva, la privatización y, finalmente con las actuales políticas de austeridad, financia los excesos del capital a expensas de los grupos más vulnerables social y económicamente. Sin embargo, el evento en sí mismo (en este caso la crisis) no es suficiente para completar ese trabajo de des-idealización, porque los ideales no son idénticos a los procesos socio-económicos, los cuales suelen quedar recubiertos de una forma “espiritual” por el imaginario colectivo. Es un suplemento simbólico, como el humor, el que con-

sigue presentar el colapso real como un crepúsculo de los ídolos neoliberales.

Uno de las ideas neoliberales más recalcitrantes que la crisis se está encargando de desmontar es la de que gracias a la creación de un libre mercado totalmente desregulado se produciría un “chorreo económico” (“*trickle-down economics*”) con la consiguiente nivelación de la estructura de clases, por el crecimiento de las clases medias. En todo caso, la crisis ha evidenciado más bien una agudización de la diferencia de clases y una concentración de la riqueza en los “ricos”, más que su distribución entre los “pobres”. Y el humor va completando el trabajo de destrucción de la ideología neoliberal. Tomemos, por ejemplo, el siguiente chiste, un tanto amargo:

“Un niño le pregunta a su padre: ‘¿Cuándo hay crisis es cuando no hay dinero?’ El padre responde: “No, se dice que hay crisis cuando tenías dinero y ya no lo tienes. Cuando no hay dinero es la vida corriente”.

La broma parece ser un eco lejano de la famosa observación de Walter Benjamin, en la VIII de las “Tesis sobre la Filosofía de la Historia”, sobre el estado de emergencia permanente en que viven los oprimidos: para ellos, la crisis no es algo excepcional, sino lo normal, el fondo permanente de sus vidas e incluso de su supervivencia. No hay un corte radical —una crisis singular— en el tejido de la existencia de los oprimidos, porque sus vidas no son más que un corte, una crisis en curso, im- placable. Así pues, en lugar de suavizar la división en clases, la crisis y su humor más bien

la agudizan, así como también agudiza la orientación temporal de las personas que se encuentran a ambos lados del abismo económico. Es de destacar, también, que la temporalidad del último chiste está claramente orientada al pasado: nada pueden temer los que no tienen nada que perder, pues para ellos el futuro *no* representa una amenaza vaga e indiferenciada sino que implica una prolongación de la miseria que arrastran del pasado y que se anuncia en cada presente. La brecha entre los ricos y los pobres no consiste sólo en un reparto desigual de las riquezas y los privilegios sino que es, sobre todo, una brecha temporal.

Esto permite comprender que en junio de 2011 el candidato presidencial republicano Mitt Romney fuera criticado por hacer en una reunión con un grupo de personas desempleadas en Tampa, Florida, el siguiente chiste: “Yo también estoy desempleado”, queriendo dar a entender que el trabajo que iba a tener era la presidencia. Su principal error consistió en haber ignorado el sentido propio de la crisis, que incluye complejas fisuras, como las basadas en la división en clases, y grandes dosis de angustia. La declaración de sentirse identificado (“Yo también soy X”) consigue el efecto contrario, haciendo patente la brecha insalvable entre el “desempleado” multimillonario y los parados residentes en Florida. El chiste al final funcionó, aunque no en la forma en la que se pretendía: mostró, sobre todo, que, sin saberlo, Romney se ubicaba en un espacio-tiempo simbólico muy diferente al de su audiencia.

Los chistes contienen un componente problemático,

aun cuando vayan a ser contados en un contexto en el que hay unos presupuestos culturales y lingüísticos comunes: en esto radica su afinidad con las situaciones de crisis. Su carácter contradictorio explica que el chiste pueda provocar una aceptación fatalista de la realidad y al mismo tiempo permite expresar el descontento que late tras esa aceptación; el placer intuitivo y la crítica; la impotencia y un nuevo empoderamiento; la confrontación con el futuro aterrador y la elusión de afrontarlo directamente. El humor es, pues, una de las mejores formas de expresión de la crisis, siendo el resultado de las contradicciones internas y de las divisiones que en un determinado momento se han vuelto insostenibles.

Psicológicamente, la principal contradicción que comporta el humor es la satisfacción sin satisfacción de un deseo prohibido, una contradicción que no es ajena a la estrategia de afrontar una futura amenaza sin afrontarla realmente. Es bien sabido que los chistes a menudo tocan temas (como la sexualidad y la muerte) que de otro modo serían tabú; al hacer esto se cree que actúan como válvulas de seguridad, por lo que serían el equivalente cómico de la catarsis trágica, que libera las tensiones psíquicas y sociales acumuladas por los bloqueos y las inhibiciones relacionadas con los temas prohibidos. En su aspecto positivo, los chistes eluden esos bloqueos, ya que, en palabras de Freud, “evitan las restricciones y abren fuentes de placer que eran inaccesibles”. Pero lo negativo es que esas fuentes de placer no proporcionan una satisfacción inmediata, ni tan siquiera diferida, pues el chiste, que es

una excepción a la norma de silencio, viene de hecho a legitimar y consolidar esta norma. Tomemos, por ejemplo, el siguiente chiste sobre la muerte: “Rabinovich solía estar en una habitación del hospital que tiene el cementerio en frente; ahora está en frente del hospital.” Una vez que nos damos cuenta de que la causa del cambio de sitio y de orientación que implica la alteración no declarada en el verbo “estar” tiene que ver con el fallecimiento de Rabinovich, un clásico personaje judío de muchos chistes rusos, y cuando la risa ha cesado, el velo se corre de nuevo sobre el tema tabú de la muerte, al tiempo que se restablecen las restricciones que afectan al discurso y al pensamiento sobre dicho tema.

¿Qué tiene que ver esto con la crisis y el humor que se burla de él? El tema prohibido aquí es el de un cambio político-económico radical así como la imposibilidad de seguir justificando ideológicamente el modelo económico capitalista neoliberal y el correspondiente sistema democrático parlamentario, que sólo representa a los intereses del capital. Lo que queda tabuizado es la posibilidad de pensar que hay alguna alternativa, la cual se rechaza en el mejor de los casos como ingenuamente utópica y en el peor como totalitaria (o, la mayoría de las veces, por ambos motivos al mismo tiempo). El humor de y sobre la crisis satisface sin satisfacer el deseo de afirmar que el actual sistema político y económico es inviable; abre las melancólicas fuentes de placer que se asocian con el anhelo de cambio radical, sin suprimir las resistencias y bloqueos de dicho deseo y, por tanto, sin eludir unas restric-

ciones ideológicas que quedan intactas. El chiste no deja de ser una pseudo-solución. Él mismo se encuentra dividido entre el deseo y su prohibición y, en este sentido, existe un paralelismo evidente entre la situación de crisis y el humor, con sus insinuaciones ambiguas respecto a la simultánea posibilidad e imposibilidad de mantener el *status quo*.

Por supuesto, en el caso de los marxistas, sucede todo lo contrario: el deseo prohibido resulta excesivamente satisfecho, aunque sin ninguna base en el principio de realidad. Según un viejo chiste, “los marxistas predijeron correctamente diez de las tres últimas crisis”. Los marxistas se entregan constantemente al placer de la subversión —y quizá no atienden tanto a otras dimensiones del deseo—, un placer que proviene en gran medida de la propia crítica. Este placer de la crítica, absorto en sí mismo y puramente reactivo, puede ser tan perjudicial como la actitud acrítica, ya que, después de haber sintetizado los términos opuestos, no deja ningún espacio intermedio, que es precisamente el ámbito en el que podrían prosperar el humor, la auto-conciencia de la crisis, y la propia crítica.

Heidegger dijo una vez que la esencia de la tecnología no es nada tecnológico. *Mutatis mutandis*, podríamos decir que la esencia del humor no es nada gracioso: consiste más bien en una separación del sujeto respecto a sí mismo y respecto a la realidad que habita; una separación que puede ser llamada de distintas maneras (“tiempo”, “conciencia de sí mismo”, “crítica”, o “crisis”). Es cierto que los chistes no pueden ser siempre críticos o autocríticos, lo que es peor, que pueden apoyar terribles

prejuicios sociales, sean racistas, sexistas o de cualquier otro tipo. Pero incluso estos chistes ofensivos son indicios de la crisis social, la marginación, o la segregación que disimula y también, aunque en menor medida, de la inseguridad psicológica de aquellos que los cuentan (un chiste dice mucho más acerca del que lo cuenta que sobre el objeto explícito del que se ríe). Cuando el humor responde a una crisis, se vuelve o revierte sobre su propia esencia, lanzando un ataque crítico que redescubre, o tal vez hace visible por primera vez, las brechas y contradicciones que han provocado la crisis. La esencia del humor, entonces, no es nada gracioso, pero esto no debería ser óbice para que podamos reírnos bien y mucho. ■

Traducción de Luis Garagalza

Bibliografía

SIGMUND FREUD, *Jokes and Their Relation to the Unconscious*, trans. J. Strachey, in vol. 8 of *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (London: Hogarth, 1953–66).

G.W. F. HEGEL, *Hegel's Aesthetics: Lectures on Fine Art*, vol. 1, trans. T.M. Knox (Clarendon Press: Oxford, 1975).

Michael Marder es profesor de investigación de IKERBASQUE en la Universidad de País Vasco.